

Claudio Andrés Tapia Figueroa

La negociación que no fue: Diplomacia chilena en el conflicto entre Ecuador y Perú en el Amazonas (1941 - 1942). Viña del Mar: Centro de Estudios Latinoamericanos CEL, Instituto de Historia y Ciencias Sociales, Universidad de Valparaíso, 2009. 125 pp.

Telégrafos y periódicos inundan las calles de noticias provenientes de Europa anunciando los estragos del nuevo enfrentamiento internacional. La opinión pública americana se ve fuertemente remecida por los acontecimientos acaecidos allende el Atlántico, los cuales se presentan como pálida imagen y un borroso recuerdo de la Gran Guerra.

El establecimiento de una relativa armonía entre los estados americanos se convierte en una necesidad imperiosa para el conjunto regional, interesados en mantener lo más alejada posible de sus costas la realidad que azota al viejo mundo. Lamentablemente el escenario existente entre las relaciones internacionales de las naciones del continente, distaba bastante de ser propicios para poder establecer pautas comunes y consensuadas de integración, menos aún de mecanismos aceptados en la resolución de controversias. La guerra era la alternativa o recurso más frecuente en la disolución de los conflictos. El siglo XIX americano tiene aquel sello indeleble, en el cual se fueron moldeando paulatinamente nuestras realidades fronterizas, comerciales y diplomáticas.

El conflicto ecuatoriano-peruano se enmarca al interior de estas particularidades, las cuales hacen resurgir pretéritos litigios limítrofes causados principalmente por un acomodo de intereses en la región. Evocando antecedentes decimonónicos, ambas naciones se aventuran en un enfrentamiento militar que perturba la frágil paz en el subcontinente, la que apenas se recuperaba de su experiencia del Chaco.

Para Chile la situación adquiriría ribetes que debían ser atendidos lo más rápido y eficientemente posible, no tan solo porque estaba en juego la estabilidad regional, ya convulsionada por la coyuntura internacional, sino que además se barajaba su presencia y preponderancia en el Pacífico; su rol como garante válido en mediaciones y arbitrajes; su prestigio internacional y; por último, su preponderancia como Estado ingerente en la toma de decisiones a nivel sudamericano.

La presente obra de Tapia Figueroa aborda principalmente aquel intento afanoso por parte de la Cancillería chilena por ser reconocida como un negociador legítimo en asuntos vecinales. Su presencia regional,

su trascendencia histórica, sus hitos militares y sus relaciones económicas así lo demandaban. *La negociación que no fue* habla exactamente de ello, de una odisea, un peregrinar, de la diplomacia nacional para ser reconocida por los beligerantes como un actor preponderante en estas materias, en sintonía con el trabajo desarrollado por Argentina, Brasil y los Estados Unidos.

La exclusión marca este proceso en su primera etapa, en la cuál Chile debe remitir sus buenos oficios a los actores involucrados. El permanente recuerdo de Ancón y posteriormente de Lima en 1929, rondaba en la opinión pública y dirigente peruana, lo que mermaba permanentemente las pretensiones nacionales.

Estamos sencillamente ante la presencia de la historia de un interesante e intenso *lobby*, que llegó a reestructurar las relaciones existentes entre Chile y los estados involucrados, produciéndose un interesante acercamiento con la diplomacia peruana y provocando ciertas suspicacias en su accionar con la cancillería ecuatoriana.

En este sentido, el autor es categórico: “Chile arriesgó su tradicional situación de paravecino con Ecuador y por ende, las relaciones amistosas existentes al insistir en involucrarse en un proceso de negociación donde debería mantener una estricta neutralidad frente a los dos contendores. Y pese a que con Perú se estaban desarrollando una serie de acercamientos económicos y políticos, aún pesaba la situación tradicional de las relaciones bilaterales”.

Justo en el momento en que los oficios adoptados por la cancillería chilena estaban dando sus primeros frutos, éstos se ven interrumpidos con la incorporación de uno de los estados garantes del conflicto al interior de la Segunda Guerra Mundial.

El cambio en la coyuntura internacional, producto de la incorporación militar de los Estados Unidos al bando aliado posterior al ataque de Pearl Harbor, más las incursiones bélicas por parte de fuerzas peruanas que congelaron los avances diplomáticos alcanzados, provocaron un enfriamiento del accionar en las gestiones de los estados interventores. Dicha situación recién sería retomada, de manera regional, en la Conferencia de Río de Janeiro de 1942 en la cual, dada la insistencia de la cancillería nacional por ser incluida en el proceso, logra ser reconocida como uno más de los cuatro garantes de la paz, es decir, encargado de que el acuerdo recientemente formado se mantuviera a través del tiempo y que los compromisos de éste fuesen llevados a cabo.

El trabajo que acabamos de reseñar rescata para la historiografía chilena una duda pendiente, basada en la apertura de los estudios latinoamericanos más allá de las fronteras vecinales. La nueva generación de historiadores, en

la cual el autor está incluido, se encuentran planteando nuevas temáticas que van más allá de Los Andes y el desierto de Atacama. Es posible pensar y escribir sobre América desde nuestro rincón continental, rescatando nuevamente una veta perdida.

ANDRÉS ARANEDA:
a_araneda_f@hotmail.com